

Esa verde siesta

Autor: AMÉRICO SCHVARTZMAN

Cuento premiado en el [Certamen Literario Provincial "Entre Orillas"; 2021](#)

En esa verde siesta, la misma en que se dio cuenta de que ya estaba despatarrada en toda su maternidad, en toda la orilla del río del que nunca dejará de salir y de entrar, en la verde siesta de ese mismo día en que se sacó de encima al último estorbo, esa misma verde siesta la Emi apoyó la cabeza pelirroja del Fragata, la apoyó contra una de las maderitas recién partidas del cajón de manzanas que a su vez se sostenía dificultosamente pero casi con elegancia sobre las tapas multicolores, laminadas mate, impresas en offset en papel ore plus de doscientoscuerenta gramos con todas las páginas en fotocromía todavía analógica, de laboratorio, típica de las impresoras Garaventa de los años cincuenta, como en las que se había impreso aquel libro deslumbrante que a la Emi la había maravillado cuando era gurisita, allá en las orillas de mamá y papá, en la antes verde siesta de la infancia cuando todo era un sueño y el futuro no existía, el pasado no importaba, y el presente era eterno como siempre lo fue en el fondo, pero aún la Emi no lo sabía y entonces se maravillaba con las historias tan bien ilustradas, soberbias, mágicas, que alimentaban su tierna mente con fantasías de premios y castigos, de un temible ser terrible y tonante y tan seguro el tipo de lo que está bien y de lo que está mal y con infiernos prometidos y fuegos eternos y gente que para obtener algo moría o mataba o mentía o se humillaba, gente bruta que miles de años atrás eso necesitaba, es tan obvio hoy, eso precisaba para no mandárselas, para no mandarse las peores, como el papá de Miquel, porque así como un gurisito precisa el temor a Papá malo, el puto miedo a una deidad tan terrible como temible para no hacer cagadas, porque la maldad desarrollada como estrategia para la supervivencia biológica se había transformado en civilización y así, sólo así, bajo el terror podía optar por no matar, no violar, no torturar, no esclavizar, pero esta gente de la Garaventa, bah no de la Garaventa sino los que les pagaban a los de la Garaventa, seguían repitiendo eso como si no hubieran pasado veinte siglos y aun fuéramos todos esos brutos a los cuales es perder el tiempo decirles "tratá al otro como querés que te traten" y entonces como niños idiotas hay que seguir diciéndoles "no hagas esto" y "no hagas aquello", y como si "esto" y "aquello" no cambiaran casi a cada rato, y como si no hubieran pasado veinte siglos y no supiéramos por ejemplo, que la Tierra no está quieta, nene idiota, que no sos un bicho muy distinto del árbol que mataste para hacer ese libro y entonces la peregrina idea de que ese puto libro que apareció en la mudanza y que la Emi encontró con nostalgia y que la Emi pensó "es para Miquel, es para mi chiquito, para que pueda volar leyéndolo como volé yo" y entonces la Emi empezó a hojearlo otra vez de vuelta de nuevo tras casi tres décadas de no verlo y al hacerlo, al descubrirlo como si fuera la primera vez ahora en su propia casa, bah que no era su casa todavía. la casita a la que se había mudado en la esperanza de empezar

